

LA CATEQUESIS Y EL CONTENIDO DE LA FE

Historia del tema en los siglos XIX y XX

Joel Molinaris¹

INTRODUCCIÓN

Desde mediados del siglo XIX, la cuestión de los contenidos en la instrucción catequética ha sido una constante llena de malentendidos y de polémica. Incluso hoy en día esta cuestión arrastra tras ella representaciones opuestas y a menudo sensibles cuyo origen radica en el desarrollo de los catecismos tripartitos de finales del siglo XVIII, en los debates del Concilio Vaticano I sobre el catecismo y en la evolución del concepto de Revelación en la teología de la época moderna. Me gustaría hacer hincapié sobre las dificultades que el movimiento catequético conocido conlleva para trabajar esta cuestión, y que vienen del contexto histórico y teológico que debe actualizar los presupuestos y las opciones que se realizaron en un momento dado, pero que actúan todavía como categorías mentales sin que nos demos cuenta del todo.

Así, cuando el cardenal Ratzinger intervino en enero de 1983 para defender la organicidad de la fe en el acto catequético, surgió una fuerte polémica que hizo que el cardenal se sintiera incomprendido tanto por parte de sus detractores como de quienes estaban a favor. Pero el contenido de la fe que proponía el cardenal no tenía ambigüedad, daba la espalda con firmeza a la intelectualización del contenido de la fe vehiculado por la llamada teología

¹ Profesor de Teología catequética en el Instituto Superior de Pastoral catequética de París. Director adjunto de la revista «Lumen Vitæ».

neo-escolástica. El contenido de la fe se enunciaba en su conferencia como la vida de relación con Cristo. Relación que es la fuerza de la vida. La fe, afirmó el cardenal, no es una teoría; es una relación que necesita del conocimiento (*fides qua/fides quae*).

La polémica francesa que ha marcado los espíritus y que sigue presente hoy en la memoria, es el síntoma de una dificultad recurrente para abordar el contenido de la fe en catequesis y, paralelamente, para definir la relación entre la *fides quae creditur* y la *fides qua creditur*. Todavía hoy, 30 años después de la conferencia del cardenal Ratzinger, hay quienes no ven la relación que existe entre la pedagogía de la iniciación del «Texto nacional de la Orientación de la Catequesis»² y el contenido de la fe, y por otra parte, hay otros responsables de catequesis que intentan encontrar los términos de lo que les parece evidente, o sea, que la pedagogía de iniciación está inserta directamente en el corazón de la fe, el Cristo del misterio pascual.

Quisiera proponer una doble hipótesis de trabajo. Primera, las dificultades que encontramos para enfrentarnos serenamente a la cuestión catequética hoy, se enraízan en la forma mayoritaria de aprehender el contenido de la fe en el s. XIX y principios del s. XX. Por antigua que sea, esta forma escolar de afrontar la cuestión del contenido de la fe sirve de referencia espontánea todavía hoy cuando se quiere estudiar esta cuestión. Al realizar la síntesis del contenido de la fe, del texto del catecismo y de la noción de Revelación, los modelos de catecismo de hace cien años han marcado los espíritus de forma duradera en la representación mental que actúa en nosotros como una especie de superyó. Dicha representación mental interfiere en nuestros debates actuales y encierra muchos malentendidos.

La segunda hipótesis que pongo a su consideración es respuesta a la primera. Se trata de afirmar que tenemos los medios teológicos y catequéticos para superar los malentendidos y trabajar serenamente y con provecho el lugar que corresponde al contenido de la fe en la catequesis. Habrá que

² El autor hace referencia: *Texte national pour l'orientation de la catéchèse en France et principes d'organisation*, Bayard Éditions, Paris 2006.

valorar las herencias teológicas. Mostrar, en primer lugar, que la teología catequética, la de Joseph-André Jungmann y de Joseph Colombo, nos han dado el concepto teológico clave de la Tradición: la teología de las formas de la doctrina. Además, parece esencial recordar que el Concilio Vaticano II nos ha proporcionado los elementos de discernimiento teológico con la Constitución *Dei Verbum* y la teología de la Revelación que lleva unida. *Dei Verbum* nos avisa de dos posibles equívocos: uno, confundir Revelación con verdad teológica por muy justa que sea, y dos, confundir los contenidos de la fe con un texto, por muy verdadero que sea, al subrayar la necesidad de las mediaciones eclesiales.

En esta primera parte les propongo volver sobre la evolución de la noción de catecismo en la modernidad, puesta en paralelo con la evolución de la noción de Revelación desde la Edad Media.

Luego, veremos algunas dificultades que tiene la catequesis para abordar el contenido de la fe en los años posteriores al Concilio.

En la segunda parte, mostraremos las soluciones propuestas por los teólogos de la catequesis para aprehender de modo diferenciado el contenido de la fe.

Y por fin, destacaremos los elementos esenciales proporcionados por el Concilio Vaticano II para salir del atolladero, al referir el contenido de la fe a una persona: el Cristo que viene del Padre por el Espíritu.

PRIMERA PARTE

EL FENÓMENO DE LA CONCENTRACIÓN TEOLÓGICA

Cuando la doctrina se hace sinónimo de Evangelio

En la Edad Media, el concepto de Revelación se refiere al misterio de Dios en su plenitud, la fuente de toda la escritura y toda la tradición, lo que repe-

tirá el Concilio de Trento sin utilizar la palabra Revelación, prefiriendo el término Evangelio.

En el siglo XVII, por la confusión progresiva de los términos Evangelio y doctrina, comenzó el fenómeno de la concentración teológica. Si bien el Concilio de Trento designó el Evangelio como la manifestación del don de Dios en Jesucristo y la fuente de todas las verdades, la palabra Evangelio se convirtió a lo largo de los siglos en el equivalente del término doctrina. La doctrina que caracteriza lo que es el Evangelio, se redujo a ser el texto de las verdades que Dios enseña por medio de Jesucristo y la Iglesia³.

Cuando doctrina se hace equivalente a Revelación

El corolario de esta evolución es la sustitución de la palabra Evangelio por la de Revelación de las verdades sobrenaturales, de modo que el término Evangelio se volvió sospechoso, explica por su parte Enrique Bouillard⁴. En el Concilio Vaticano I, la Revelación sobrenatural se designa como el objeto de la fe y el enfoque racional permite dar cuenta de ella y luchar así contra el Deísmo. Incluso si la definición de Revelación falta en la *Dei filius*, se la considera como la suma de la doctrina y de las verdades de la fe. «El Vaticano I entiende por revelación la doctrina de la fe (*doctrina fidei*) el conjunto de misterios contenidos en la Palabra de Dios escrita y transmitida, y que se proponen a nuestra fe por el Magisterio de la Iglesia. Sin decirlo de modo expreso, prácticamente identifica Revelación y doctrina de la fe, Revelación y verdades de fe.»⁵ Se hace evidente la concentración del concepto. Los teólogos medievales todavía concebían la Revelación como la

³ Vimos cómo en este marco intelectual los catecismos se insertaron para tener como objetivo finalmente sólo enseñar la doctrina hasta que Pío X instituye una fiesta de la doctrina cristiana para los catequistas equivalente a una fiesta del catecismo. Lo que no quiere decir que Pío X despreciaba otras mediaciones, como la liturgia por ejemplo. Pero con *Acerbo Nymis* la enseñanza del catecismo tomaba en lo sucesivo por lo menos tanta importancia como la comunión de los niños.

⁴ Henri Bouillard, «Le concept de Révélation de Vatican I à Vatican II», *op.cit.* p. 38.

⁵ Henri Bouillard, «Le concept de révélation de Vatican I à Vatican II», *op.cit.*, p. 39.

manifestación del Evangelio del Cristo que el hombre no podía poseer totalmente, aunque la Escritura y la Tradición eran las mediaciones principales. Después del Vaticano I, se hizo clásico referir la Revelación a un orden de definiciones en las que Dios nos enseña sobre él a través de la Iglesia⁶. Esta noción nueva de Revelación se introdujo en los catecismos de principios del s. XX; más todavía, dio forma a la misma noción de catecismo.

Frente a las Luces y a la secularización: los catecismos tripartitos

La evolución de los catecismos en el s. XVIII y en el XIX se hizo de cara al deísmo y al racionalismo de las Luces. En una fórmula llamativa la historiadora de los catecismos, Élisabeth Germain habla de catecismos de «hacen falta tres»⁷ para caracterizar este período que propagó sus modelos hasta 1937 en la primera edición del *Catecismo para uso de las diócesis de Francia*. El manual de catecismo del jesuita José Deharbe en 1899 es un buen ejemplo.

¿Que hizo Dios para que pudiéramos conocerlo, amarlo, servirlo y así lograr nuestra salvación?

—Dios ha:

- 1.º Revelado las verdades que debemos creer.
- 2.º Promulgado los mandamientos que debemos guardar.
- 3.º Dado los medios de salvación de los que debemos servirnos⁸.

El modelo de los catecismos según el «hacen falta tres» (tripartito) se difundió en toda la Europa en el s. XIX. Las verdades que hay que creer, los mandamientos que hay que observar y los sacramentos que hay que recibir,

⁶ *Ibid.*

⁷ Élisabeth Germain, *Jésus-Christ dans les catéchismes*, coll. Jésus et Jésus-Christ n°27, Desclée, Paris, 1986, pp. 127-140.

⁸ *Grand catéchisme ou exposé de la doctrine chrétienne*, par le R.P. Joseph Deharbe, de la compagnie de Jésus, Charles Amat éditeur, Paris, 1899, p. 9 Cité par Élisabeth Germain, *Jésus-Christ dans les catéchismes*, coll. Jésus et Jésus-Christ n° 27, Desclée, Paris, 1986, p. 128.

organizan en lo sucesivo los catecismos y generan desplazamientos teológicos profundos. El primero es transformar el símbolo de los apóstoles en una continuación de las verdades. Del mismo modo, lo que se dice sobre Jesús se presenta como una lista de afirmaciones sueltas las unas de las otras⁹. Si el Credo aparece como una lista de verdades que hay que creer, el diseño de la fe cambia en el mismo movimiento. «La fe se reduce a tener por verdaderas las verdades que Dios reveló», explica Élisabeth Germain¹⁰. El otro desplazamiento sensible, se produjo en relación a las Escrituras. Mientras que el Concilio de Trento indicaba que la estructura del catecismo era teologal (Símbolo; Sacramentos, Moral, y Padre Nuestro) y se debía entender como una llave hermenéutica de acceso a las Escrituras, los catecismos del s. XX se separan cada vez más de la referencia a la Escritura; más que una interfaz se hicieron una pantalla y crearon una distancia hermenéutica difícilmente superable.

La importancia del texto del catecismo

Los Padres del Concilio Vaticano I dieron valor al texto de los catecismos como nunca se ha hecho. Por algunas fórmulas nuevas y en los debates que tuvieron, los obispos reunidos en el Vaticano en 1870 manejaron una comprensión nueva del catecismo. Son sintomáticas dos calificaciones utilizadas; los obispos hablan de «libro simbólico» y sobre todo de «apuesta para la vida eterna». Estamos ante una visión casi sacramental del catecismo. Jamás se había utilizado una expresión como ésta. Esto se acompañaba de la voluntad de escribir y de promulgar un catecismo para niños para la Iglesia universal, texto latino que sería traducido lo más literalmente posible con el fin de que las palabras de la doctrina fueran homogéneas para todos los niños de todos los países con el fin de consagrar una doctrina segura y sin equívoco. Aunque el texto del catecismo adoptado nunca fue promulgado, no hay duda que se trataba a todas luces de una vuelta a la

⁹ Élisabeth Germain, *Jésus-Christ dans les catéchismes*, coll. Jésus et Jésus-Christ n° 27, Desclée, Paris, 1986, pp. 129.

¹⁰ *Ibid*, 1986, p. 131.

enseñanza catequética. Pío X será el portador de la palabra. Pero si este desplazamiento pudo realizarse fue porque iba acompañado por un concepto de Revelación que permitía su concentración en el texto del catecismo.

La acción pastoral consiste en hacer aprender el texto del catecismo

Para Pío X, en su encíclica *Acerbo nimis*, el conocimiento y la comprensión de la doctrina cristiana «son necesarios para adquirir la salvación eterna»¹¹. «...la doctrina sagrada— la institución más útil para la gloria de Dios y la salvación de las almas»¹², afirmaba Pío X. Entonces, la consecuencia pastoral indisociable de la afirmación teológica central se expresa fácilmente: «ante todo, emplead todo vuestro ardor, todo vuestro cuidado y la diligencia más asidua para hacer penetrar en todos los espíritus el conocimiento de la doctrina cristiana y en impregnarlos profundamente»¹³. A la Iglesia le concierne en todos los niveles de la jerarquía, «indicando así que el primer deber de quienes están encargados de alguna manera del gobierno de la Iglesia, es instruir a los fieles en la doctrina sagrada»¹⁴, y esto de manera única y uniforme¹⁵. El acento es intencionado, porque la enseñanza de la doctrina cristiana es el principal medio para combatir las dificultades contemporáneas de la fe católica, y el instrumento será el pequeño catecismo para los niños.

Un rígido neo-tomismo se opone a la renovación catequética

En 1957, un teólogo que se declara tomista e intransigente, Mons. Lusseau, deán de la Facultad de teología de Angers, se opuso frontalmente a José

¹¹ *Acerbo Nimis*, 2.

¹² *Acerbo Nimis*, 10.

¹³ *Acerbo Nimis*, 11.

¹⁴ *Acerbo Nimis*, 7.

¹⁵ *Acerbo Nimis*, 2.

Colomb y al conjunto de la renovación catequética. El objeto específico del catecismo, escribía, es la enseñanza completa de la doctrina cristiana revelada. Cualquier otra prioridad o visión diferente, diluiría el objeto propio y el fin próximo en actividades o misiones que no son las de la enseñanza religiosa. Afirmado esto, el autor reprocha al movimiento catequético francés por hacer del catecismo una especie de lugar de la formación cristiana integral¹⁶. Como si el catecismo debiera asumir la formación cristiana de los niños que le fueron confiados, so pretexto de que los padres no educan cristianamente a sus hijos. El catecismo no es un lugar de iniciación en la fe cristiana. El catecismo tiene la función propia de enseñar, lo cual no se puede confundir con las demás funciones educativas de la Iglesia. El objeto primero y específico, que no se puede diluir, es la enseñanza de la doctrina cristiana. La amalgama entre educación y enseñanza del catecismo corre peligro de crear la ilusión de una fe viva, pero le faltará a esta fe la iluminación del conocimiento de la doctrina, que se impone y hace que la fe sea vivida sólo si tiene sustancia, es decir, si se puede formular en conceptos. Así, las diversas actividades paracatequéticas inventadas en los nuevos manuales, desvían de la verdadera enseñanza. «Cómo atreverse a afirmar que así se produce, según dicen, un encuentro con Cristo», escribe Mons. Lusseau, «como si tal encuentro pudiera concebirse al catecismo, de otro modo que a través de su Palabra, de la adhesión a su doctrina, o a través del conocimiento intelectual de su persona.»¹⁷ Nadie puede encontrar a Cristo si previamente no lo ha conocido por la enseñanza de la Iglesia. Resulta claro que para Mons. Lusseau, la fe tiene ante todo un contenido intelectual y que el conocimiento de la fe que le corresponde es conceptual e identificable por las fórmulas sin equívocos del catecismo. Para Mons. Lusseau, cuyas tesis tuvieron un amplio eco, lo Sobrenatural y la Revelación de Dios son accesibles al hombre por el único medio de la enseñanza dogmática de la Iglesia, dada por el Magisterio y expresada por el catecis-

¹⁶ Mgr Lusseau, «Littérature catéchistique», in *Revue des Cercles d'Études d'Angers*, février 57, p. 115.

Señalamos aquí que Mgr Lusseau se opone a lo que el Papa Juan Pablo II defendió 22 años más tarde y que será retomado en el DGC: «Esta formación orgánica es más que enseñanza: es el aprendizaje de toda la vida cristiana, «la iniciación cristiana integral». CT 55 ; DGC § 67.

¹⁷ *Ibid.*, p. 116, fin de la segunda columna.

mo. Para Mons. Lusseau, el contenido de la fe se identifica con las fórmulas dogmáticas que la Iglesia exige creer y que están resumidas en las cuestiones-respuestas dadas a/por los niños.

UN GRAN MALENTENDIDO

La renovación catequética había abierto caminos, el Concilio Vaticano II había marcado los espíritus y los corazones; sin embargo, el malentendido era profundo en cuanto al objeto mismo de la catequesis. El escenario tuvo lugar en las décadas 70-80 de un modo particular.

La sospecha de subjetivismo y de contenido desfigurado

Desde principio de los años 50 sabemos cómo la revista *Paternité/maternité* combatió con todas sus fuerzas la búsqueda y los avances más prometedores del movimiento catequético. Sabemos de qué manera Joseph Colomb, François Coudreau, Françoise Derkenne, se vieron afectados por estos ataques. El combate contra el movimiento catequético no se detuvo en 1957, con Pierre Lemaire a la cabeza, lo llevó hasta la crisis de *Pierre Vivantes* y más allá.

Haciendo una reseña de la obra *Un siglo de catequesis en Francia*¹⁸, Pierre Lemaire escribía: «su teoría puede resumirse en algunas palabras: no dar más la prioridad a las verdades de la fe que hay que enseñar sino al sujeto y a sus derechos. Por derechos del sujeto hay que entender no sólo el de conocer la verdad que la Iglesia enseña desde hace veinte siglos, según divina Revelación, sino el derecho a ser perfectamente enseñada según... las ciencias humanas»¹⁹. Para los adversarios decididos del movimiento

¹⁸ Gilbert Adler et Gérard Vogeleisen, *Un siècle de catéchèse en France 1893-1980*, Histoire, déplacements – enjeux, Beauchesne, Paris, 1981, 601 p.

¹⁹ Pierre Lemaire, *Livre blanc 1945-1995*, 2^e édition, (sans éditeur) p. 217 en un librito titulado *Foi catholique et catéchèse en France, France déchristianisée où vas-tu ?*, Marie Criquelette, en el capítulo dedicado al contenido de la enseñanza religiosa escribe: «Ya que las palabras de

catequético, el ataque se centra la mayoría de las veces en la pérdida de contenido en la enseñanza catequética en provecho de la experiencia del catequizando. El contenido se identifica para ellos con un conjunto doctrinal, «viático para toda una vida», y cuyo vocabulario no debe cambiar ya que expresa la divina Revelación, verdad de siempre que la Iglesia enseña. Es claro que el ethos teológico y antropológico reenvía de modo exacerbado a los conceptos del catecismo que hemos mencionado. Si el catequista no hace aprender las preguntas y respuestas del catecismo pequeño, esto equivale a negar el contenido de la fe. Creyendo defender el verdadero pensamiento catequético de la Iglesia católica, esta posición, en realidad, es rechazada por el Magisterio.

Un debate mal llevado tras la conferencia del cardenal Ratzinger de 1983

«La primera y más grave falta fue suprimir el catecismo y declarar superado el género mismo del catecismo», decía el Card. Ratzinger en su conferencia de enero de 1983²⁰. Esta frase suscitó reacciones vivas de hostilidad. Numerosos responsables de catequética franceses se sintieron heridos y acusados por las intenciones del cardenal, hasta tal punto que el arzobispo de Lyon y Mons. Vilnet (presidente de la Conferencia Episcopal) se vieron obligados a publicar dos comunicados para sosegar los ánimos²¹. Por otro lado, Pierre Lemaire estaba exultante pensando que tenía su desquite y su victoria. Si la polémica francesa se centró en la noción de catecismo, como observamos en el coloquio anterior del ISPC²², estamos aquí en el apogeo de un diálogo de sordos sobre la cuestión del contenido de la fe, que está en el corazón mismo de la cuestión catequética, como lo repite el cardenal

los mejores catequistas vuelan, es esencial, capital, vital para el niño, digamos para el catequizado, tener entre las manos, siempre a su disposición, un pequeño libro que contenga la integridad del mensaje cristiano y de la fe católica», publicado en casa Téqui, p. 45.

²⁰ Carl. Ratzinger, «Transmission de la foi et sources de la foi», *D.C., op.cit.*

²¹ D. C., 1983...

²² Joël Molinario, «La réception d'un catéchisme après Vatican II, le catéchisme de l'Eglise catholique», *Lumen Vitae* n°4/ 2009.

Ratzinger y el papa Benedicto XVI. No es difícil hallar textos a mano que el Magisterio, después de Vaticano II, no validan de ninguna manera las posiciones intransigentes de Mons. Lusseau ni las de los autores de la revista *Paternité/maternité*, de un modo particular. Afirmar que la fe es relación con Cristo, que es fuerza de vida²³, decir delante de los catequistas reunidos en Roma que el contenido de la evangelización es la conversión a Cristo²⁴, vuelve a validar las grandes convicciones teológicas de los principales pensadores de la renovación catequética de los años cincuenta, como veremos. Pero, sobre todo, esto refuta la reducción intelectualista de la fe que suponen los catecismos de comienzos del s. XX, que prefieren la verdad extrínseca.

Sin embargo, cuando Georges Duperray reaccionó, en 1984, a la conferencia del cardenal Ratzinger, hizo como si la noción de catecismo y el concepto de la fe en ellos presentada, fuera la de Mons. Lusseau. Comprendió la conferencia como una crítica del movimiento catequético, lo cual era cierto en parte²⁵, que alimentaba una nueva crisis, réplica de la de 1957, con argumentos de una teología llamada neo-escolástica. Georges Duperray defendió la catequesis francesa, poniendo por delante a Joseph Colomb, sobre la manera de utilizar la Biblia, y citó a Marie Fargues cuando decía lo mucho que el catecismo de los años 30 había sido obstáculo para la catequesis, debido a la pregunta-respuesta. Por tanto, la conferencia del cardenal no se refería a la catequesis bíblico-litúrgica de Colomb, no hablaba en ningún momento de los catecismos de principios del s. XX y refutó la definición escolar de la fe.

Claro que había materia para debate en el tema de esta conferencia, pero ni quienes la ensalzaron, ni sus opositores percibieron que la conferencia validaba teológicamente las posturas de la renovación catequética, que eran las de Jungmann, en Austria, Arnold en Alemania y Colomb y Liégé en Francia.

²³ Carl. Ratzinger, «Transmission de la foi et sources de la foi», *D.C.*, *op.cit.*

²⁴ Carl. Ratzinger, «Homélie pour le jubilé des catéchistes», *D.C.*, janvier 2001.

²⁵ Incluso si el cardenal Ratzinger y Mgr Vilnet se defienden. Cf *DC*, avril 1983.

SEGUNDA PARTE

III. LA RENOVACIÓN TEOLÓGICA EN EL CORAZÓN DEL MOVIMIENTO CATEQUÉTICO

Vamos a explorar las fuentes que nos permitan salir de estos falsos debates.

La teología de la Escuela empobrecía la doctrina:

La renovación catequética se presentaba en los años 50 como una renovación tanto teológica como pedagógica. El desplazamiento que sus pensadores invitaban a hacer, era separar la enseñanza catequética de su modelo escolar, que contribuía según ellos a copiar las expresiones de la fe sobre fórmulas del racionalismo deísta. «La religión se hizo una rama escolar, una materia de enseñanza. [...] Esto no quedó sin consecuencias sobre el contenido mismo de la enseñanza religiosa. Los espíritus, convencidos de la omnipotencia de la razón racional, tendieron hacia una religión racional, «una religión en los límites de la sola razón», explicaba el profesor Arnold en 1956²⁶. Los manuales de catecismo siguieron el viraje apologético y racionalista de una teología que, finalmente, empobreció la enseñanza catequética intelectualizándola al máximo. Ciertamente, la fe objetiva del *fides quae creditur* es esencial, pero está al servicio de la fe-confianza porque «el objetivo supremo de toda formación religiosa es indiscutiblemente esta fe que se pone en Dios, que pone toda su esperanza en Dios»²⁷.

Las formas de la doctrina según Jungmann

Lo que hace que la renovación catequética descansa esencialmente sobre la reflexión teológica fundamental a la que acompaña la epistemología teoló-

²⁶ FX. Arnold, «Le but de la formation religieuse: la foi comme assentiment de l'intelligence et engagement de l'homme tout entier», dans *Lumen Vitae*, vol. XI, 1956, n° 4, p. 617.

²⁷ *Ibid.* p. 627.

gica sobre las formas de la doctrina cristiana. Su iniciador fue J. A. Jungmann.

J. A. Jungmann estableció una distinción entre lo que depende del ministerio de la Palabra, la predicación y la catequesis, y lo que depende de la ciencia teológica que trata de la doctrina revelada, a partir del punto de vista estricto de la verdad que hay que demostrar, analizar y exponer racionalmente. En la catequesis se trata de la misma verdad, pero vista bajo el aspecto de los bienes del reino y la doctrina de la salvación. La catequesis no es una actividad anexa, sino que toca el corazón mismo del misterio de la fe. Se distingue del trabajo del teólogo que ordena el dato revelado.

Si es posible decir lo esencial, sin confundir por eso el trabajo del teólogo con el del catequeta, es porque en realidad la doctrina cristiana no tiene más que una sola forma en la Tradición de la Iglesia. Más exactamente, según Jungmann, posee tres, lo que la práctica catecumenal antigua había puesto en evidencia.

1. Desde un punto de vista práctico, la vida religiosa se da bajo la forma de la vida litúrgica, las tradiciones y las costumbres de la Iglesia.
2. Desde el punto de vista histórico, la historia de la salvación está revelada en la Biblia.
3. Desde el punto de vista sistemático, los dogmas están ordenados y demostrados orgánicamente en el catecismo²⁸.

Este punto de vista triple corresponde a la estructura de las catequesis de los Padres de la Iglesia: la *narratio* que lleva al Evangelio, la vida litúrgica y la entrega de *Pater noster*, que ordena el catecumenado, la *redditio symboli* con las catequesis bautismales que le corresponden.

²⁸ Joseph-André Jungmann, *Catéchèse*, éditions Lumen Vitae, Bruxelles, 1954, traduit de l'allemand: *Katechetik. Aufgabe und Methode der religiösen Unterweisung*, Fribourg-en-Brisgau et Vienne, herder, 1953. p. 59.

J. A. Jungmann y tras él Joseph Colomb, contemplan y hacen evidente la coherencia de estas formas de la doctrina cristiana, ya que cada una nos introduce en el misterio de la fe de manera plural y al mismo tiempo suficiente. Jungmann insiste en un punto²⁹: «la liturgia contiene toda la doctrina de la Iglesia. Es el dogma hecho oración; porque, aunque sea vida e impulso religioso, lo que domina allí no es el sentimiento espontáneo, sino el primado del logos», como lo señalaba Roman Guardini.

La Biblia en sí misma es toda la doctrina desde el punto de vista de la historia de la salvación y de los bienes del reino ordenados a Cristo. El estilo narrativo en ella es esencial, corresponde a la doctrina de la salvación que está en el corazón de la fe, donde la narración se comprende en la economía de la Revelación.

La tercera forma de la doctrina se encuentra en la síntesis que propone el catecismo, y que está inscrita en el Kerigma y el símbolo de los apóstoles, tiene como núcleo la pasión y la resurrección del Señor y se despliega en las primeras catequesis bautismales de los Padres de la Iglesia.

A Jungmann le interesa de modo especial un aspecto en relación a la doctrina. «La doctrina cristiana jamás tiene un fin en sí misma; debe llevar a Dios. El conocimiento sin duda es necesario, pero es el camino que hay que seguir. La catequesis es una orientación religiosa y moral, un ministerio». Al afirmar esto, en su gran libro *Catéchèse*, Jungmann defendía una posición teológica distante con relación a la mayoría de teólogos católicos de su tiempo. Pero fue una posición provechosa para la catequesis. Permitía, en primer lugar, distinguir el texto del catecismo, una de las formas de la doctrina, del proceso catequético. Pero también colocar la finalidad de la doctrina y de la catequesis en el mismo Dios, que está más allá de toda aprehensión. La doctrina y la catequesis no tienen finalidades en sí mismas; están orientadas en el camino hacia Dios.

²⁹ *Ibid*, p. 60.

La Constitución *Dei Verbum*: clave esencial de discernimiento

Los debates que acompañaron a la elaboración de la constitución *Dei Verbum* fueron cerrados y agotadores. El esquema del Santo Oficio, *De Fontibus Revelationis*, (sobre las fuentes de la Revelación) se sometió a discusión y luego fue apartado en noviembre de 1962³⁰. De hecho, este rechazo fue el punto de partida de un trabajo provechoso que el Concilio debía hacer con el fin de llegar a expresar la fe de la Iglesia en el Dios que se revela. La supuesta identificación de la Revelación con la suma de las verdades sobre Dios correspondía a una posición estrecha, de una escuela particular, pero no lo que la gran Tradición de la Iglesia quería decir desde hacía 2000 años. El trabajo de las comisiones concluyó con el texto de 1965 que dejó de lado la visión formal y extrínseca de la Revelación por un enfoque concreto, bíblico y cristológico. La Revelación se identifica con la Palabra hecha carne que viene al encuentro del hombre y que conversa con él. El párrafo 2 es la expresión magistral que los catequistas franceses degustaron especialmente en el curso de la asamblea Ecclesia 2007: «por Cristo, verbo hecho carne, los hombres tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo, y se hacen partícipes de la naturaleza divina. Así, por esta revelación, que proviene de la inmensidad de su caridad, Dios, que es invisible, se dirige a los hombres como amigos, y conversa con ellos para invitarles a entrar en comunión con él y recibirles en esta comunión».³¹

El Padre Lubac, en un comentario incontestable, sitúa los mayores retos teológicos. «Como él [Jesucristo] es a la vez el exegeta y la exégesis de la Escritura, Jesús es para nosotros el exegeta y la exégesis del Padre invisible.

La sustancia de la revelación no ha consistido en la enseñanza de una doctrina; fue la llegada de una presencia entre los hombres, vimos su Gloria...

³⁰ Mencioné este tema en mi conferencia del último coloquio publicado en *Lumen vitae*, n° 4/2009, pp. 422-424. Sobre el mismo tema ver además *Joseph Colomb et l'affaire du catéchisme progressif, un tournant pour la catéchèse*, DDB, Paris, 2010, chapitre 4.

³¹ DV, § 2.

Jesús es realmente la Teofanía.»³² «A través de la humanidad de Jesús, Dios pone de manifiesto su gloria, que es a la vez manifestación y don de él mismo, es decir, comunión con los hombres»³³. Las primeras palabras de la Constitución toman otro relieve. «El Concilio escucha religiosamente la Palabra de Dios» significa que la Iglesia se somete a esta Palabra hecha carne para dar forma a su vida. Se trata de una definición de la catequesis, es decir, resonancia de la Palabra de Dios en la vida. La Iglesia está en estado de ser catequizada por la Palabra de Dios. La Iglesia invita al catequizado-catecúmeno a la misma actitud de escucha y a vivir en ella.

Vemos aquí cuán profundamente ha cambiado la posición de la Iglesia docente. Si la Iglesia es catequizante, lo es en primer lugar invitando al catecúmeno a compartir lo que constituye su vida. Y lo que hace la vida de la Iglesia es la relación a Cristo que es quien la constituye y «la hace estar de pie en la vida creyente». *Dei Verbum* nos impide confundir el objeto del anuncio de la fe con una serie de ideas, un conjunto de valores, un conjunto doctrinal, o un texto de catecismo. La catequesis es escucha de una Palabra que es Dios mismo; la fe nace en la escucha y vive de la conversión de la mirada. La catequesis, después de la *Dei Verbum*, se apoya en el acontecimiento de la Teofanía de Dios en Jesucristo que viene a nuestro encuentro y camina con nosotros hacia el misterio del hombre plenamente cumplido en Dios. La Iglesia propone vivir este camino a través de sus mediaciones que son las Escrituras, la liturgia y la *traditio symboli*.

CONCLUSIÓN

Así pues, a pesar de estas aportaciones mayores, la representación mental cultural asociada a la palabra catecismo y al contenido de la fe, están tan fuertemente teñidos de una cultura de preconilio Vaticano II, que los elementos aportados por este último todavía no parecen mostrar toda su fecun-

³² Henri de Lubac, «Commentaire du préambule et du chapitre 1», dans *La Révélation divine, la Constitution dogmatique Dei Verbum*, tome 1, coll. Unam Sanctam 70 a, Cerf, 1968, p. 162.

³³ *Ibid*, p. 166.

didad para repensar la práctica catequética en la perspectiva del contenido de la fe. Estamos convencidos, sin embargo, de que se deben continuar el debate y el trabajo. Agradezco de modo particular a François Moog por haberse atrevido a comprometer al ISPC en esta búsqueda.

Estas dos soluciones teológicas esenciales nos permiten aprehender la renovación catequética más allá de una serie de oposiciones estériles: entre contenido y experiencia, entre pedagogía y enseñanza, entre formación y catequesis o, incluso, entre pedagogía de iniciación y doctrina. Nada se puede confundir con el contenido de la fe que es el *alfa* y *omega* del itinerario catequético. El DGC nos lo señala claramente cuando habla del contenido de la catequesis: «El Evangelio se transmite así, en su autenticidad y en todo su sabor, como un alimento sano y adaptado»³⁴. Hay que entender aquí Evangelio en el sentido paulino: el Evangelio de Cristo, revelación de Dios en persona.

³⁴ DGC, § 169.